

Ya no hay Virtud en los "Valores Exclusivos"

El Nacionalismo Llegó a su fin

- ★ Proyecto Neoliberal, sin Fórmula que Llene el Vacío
- ★ Desea la Elite Mantener la Fuerza del Autoritarismo
- ★ Obsesión: Integrarnos a Nuestros Vecinos del Norte

LORENZO MEYER

Muchas cosas que eran funcionales al modelo de control político y de desarrollo económico del pasado reciente hoy han dejado de ser útiles, pero sus sustitutos aún no aparecen. Uno de tales elementos es el nacionalismo posrevolucionario.

Ludovico Incisa nos dice en un pequeño ensayo que nacionalismo puede definirse como "la fórmula política o la doctrina que propone el desarrollo autónomo, autodeterminado, de una colectividad... depositaria de valores exclusivos e imperecederos". Y el logro de ese tipo de desarrollo nacionalista "exige la concentración de las decisiones políticas y económicas, de las elecciones y modelos ideológicos y culturales así como de su proceso de formación en la colectividad en cuestión..."

El Estado nacional surgió en los siglos XV y XVI, pero el nacionalismo moderno data de fechas más recientes: se desarrolla a partir de la Revolución Francesa.

SIGUE EN LA PAGINA VEINTE

EL NACIONALISMO LLEGO

Signo de la primera plana

En México, el nacionalismo surgió primero entre una élite muy reducida y fue extendiéndose penosamente al resto de los grupos sociales en el siglo XIX —las guerras contra norteamericanos y franceses fueron experiencias fundamentales en este proceso— y se ahondó a partir de la Revolución de 1910, donde el conflicto con Estados Unidos y, en menor medida, con las potencias europeas, se convirtió en el motor de esa ideología nacionalista que por ello tuvo un carácter anti-imperialista y, por tanto, defensivo.

★

Para mejor comprender el desarrollo del nacionalismo mexicano, éste debe examinarse en su vertiente popular y en la de la élite, pues ambas son diferentes, como bien lo ha señalado el historiador británico Alan Knight. En efecto, fue precisamente la élite revolucionaria —necesitada de

una verdadera nación, capaz de superar las tremendas diferencias sociales y sentimientos e intereses regionales— la que decidió centrar sus esfuerzos en la reformulación y fortalecimiento del nacionalismo económico como el instrumento ideológico idóneo para su proyecto político autoritario. Con este objetivo en mente, el liderazgo revolucionario se propuso hacer una virtud de lo que los liberales del siglo XIX habían identificado como un gran obstáculo para la modernización mexicana: el predominio del elemento indígena; y mediante una verdadera revolución educativa el indigenismo sirvió como base de una nueva idea de la unidad nacional. Fue también la élite la que introdujo en la Constitución de 1917 la idea de reservar a los nacionales sectores completos de la economía y que antes habían sido dominados por el capital externo; este proyecto se hizo muy concreto

en el primer Plan Sexenal y, sobre todo, en la expropiación y nacionalización petrolera cuyo 53 aniversario estamos en vísperas de celebrar.

Fue este nacionalismo económico —propuesto como el requisito indispensable para lograr el desarrollo autónomo y autodeterminado de la colectividad nacional y al que hace referencia la definición inicial— la fuente de la que emanó la legitimidad de los gobiernos posrevolucionarios. Desde el periodo presidencial del general Manuel Avila Camacho hasta el de José López Portillo, de maneras diferentes pero constantes, los gobernantes mexicanos intentaron que su derecho a gobernar se asentara no tanto en el proceso electoral —proceso más formal que real puesto que generalmente se trató de elecciones no competitivas— ni en la efectividad de la prometeda pero nunca lograda lealtad y la justicia sociales —la con-

centración del ingreso a partir del poscardenismo fue un hecho contundente—, sino en el crecimiento económico y en la defensa y promoción de una cierta autonomía política, económica y cultural de México.

★

De lo anterior se desprende que para el gobierno mexicano, o más específicamente para sus dirigentes, el nacionalismo fue un elemento indispensable, insustituible, en la fórmula que le permitió mantener el monopolio del poder dentro de un clima de relativa estabilidad. Sin embargo, la situación cambió no hace mucho y de manera radical, pues se ha modificado la lógica económica del proyecto nacional del gobierno. En efecto, a partir de mediados del decenio pasado, los dirigentes mexicanos llevaron a cabo una verdadera revolución en el pensamiento económico de la posrevolución: casi de golpe, decidieron que no había ya ninguna virtud en el aislamiento relativo —autonomía— por el que tanto se había luchado desde los años treinta. La concertación de las decisiones económicas en el Estado —supuesto representante de los intereses más altos de la nación, debido a su origen revolucionario— dejó de verse como virtud para convertirse en vicio: el vicio del Estado obeso que, en realidad, hacía tiempo que con el disfraz del populismo pretendía ocultar el hecho de que de tiempo atrás ya no representaba los intereses de la nación mexicana sino los de una burocracia burocrática, corrupta e ineficiente.

A partir de la segunda

guel de la Madrid y, sobre todo, en el actual, el objetivo del proyecto económico gubernamental ya no es lograr y mantener en manos del Estado o de eso que alguna vez se llamó con gran pomposidad y optimismo la "burguesía nacional", el mayor grado posible de control de las variables económicas centrales, pues ello ya no asegura el tipo de crecimiento económicos acelerado del pasado. No, ahora la obsesión de la élite política es algo muy distinto e incluso opuesto a su proyecto pasado la integración de México a uno de los bloques económicos en los que se está dividiendo la parte más dinámica del planeta, es decir, el formado por la América del norte (los otros serían el europeo, el de la cuenca del Pacífico centrado en Japón, el chino y lo que surja tras la crisis soviética). Desde la perspectiva de esa élite, la opción es clara: o la integración paulatina pero irreversible con esos dinamos económicos que son nuestros vecinos del norte, Estados Unidos y Canadá, o la inviabilidad económica del país y, por tanto, de su régimen político, como se supone que pronto será el caso con un buen número de países africanos, latinoamericanos, asiáticos e incluso algunos europeos.

En estas circunstancias de crisis y oportunidad, el nacionalismo de un pasado que apenas está quedando atrás resulta no sólo irrelevante sino francamente difusional, pues ya no hay virtud sino peligro en insistir en cosas como "valores exclusivos" o en un "modelo ideológico" que no es

sino producto genuino de la "primera revolución social del siglo XX" y, por tanto, irrepetible. De esta manera, una ley de inversiones extranjeras que fue diseñada bajo el echevarismo para excluir a capitales transnacionales supuestamente ansiosos de pagar casi cualquier precio a cambio de tener la oportunidad de participar en lo que se suponía un próspero mercado protegido, es hoy un obstáculo para un gobierno que está dispuesto a dejar a la lógica del mercado la decisión de cuál capital externo es bueno y cuál malo para México. Algo similar ocurre con el petróleo, pues las formidables trabas que el nacionalismo cardenista puso a la presencia del capital foráneo en ese sector hoy obligan —como bien lo declarara hace unas semanas una persona de la Secofin de segundo nivel pero muy sincera— a activar la imaginación para darle un rodeo a la ley y quitarle su espíritu pero manteniendo su letra.

★

Se puede argumentar que, después de todo, el nacionalismo es producto

A S U F I N

de las necesidades y circunstancias de una época histórica y que no hay nada de sagrado o eterno en esa fórmula política. Que fue útil por un tiempo pero ahora, cuando no hay alternativa para México a su integración (aunque sea subordinada) a algún bloque económico, esa fórmula debe ser superada y sustituida por otra más acorde a la realidad neoliberal en la que los dirigentes mexicanos pretenden que todos nos moveremos de aquí en adelante. La actual es una realidad que requiere de la destrucción económica de las fronteras nacionales, de la homogeneidad de algunos de los valores sociales fundamentales, y, sobre todo, de ya no poner el acento en las diferencias y contradicciones entre los miembros del bloque sino en todo lo contrario, en la complementariedad de sus economías y la compatibilidad de sus proyectos globales.

No hay duda que, en principio, la opción de la integración de países como México a un bloque económico es válida. Pero si ese fuera el caso, entonces se hace necesario, en realidad indispensable, sustituir con

otra la fórmula legitimadora al nacionalismo. Y la verdad es que no hay mucho de dónde escoger: la única fórmula legitimadora alternativa al nacionalismo al fin del siglo XX y en nuestro país es la democracia. Sin embargo, la élite política mexicana parece dispuesta a intentar adentrarse en el peligroso camino de desmantelar el nacionalismo mediante la firma de un Tratado de Libre Comercio (e inversión) con Estados Unidos, sin contar con la fórmula legitimadora alternativa pues, aparentemente, desea mantener la fuerza del autoritarismo para destruir de manera rápida y efectiva todos los obstáculos que sigan oponiéndose al arrastamiento definitivo de las leyes de la oferta y la demanda en este sur del futuro gran mercado de la América del Norte.

A la larga, es inviabile un proyecto neoliberal sin una fórmula que llene el vacío que en términos de integración nacional y de legitimidad ha dejado el nacionalismo posrevolucionario pero quizá para los responsables de la conducción del proceso político mexicano el "largo plazo" está más allá de 1994.